

Reseña/Review

Valeria Añón, *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la Conquista de México*. Buenos Aires: Corregidor, 2012.

“La tinta negra-la tinta roja”: sobre *La palabra despierta* de Valeria Añón

Carolina Sancholuz

Universidad Nacional de La Plata / Conicet

La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la Conquista de México de Valeria Añón connota desde el título elegido—un verso del gran poeta mexicano José Emilio Pacheco— las múltiples posibilidades que entraña el trabajo con la palabra que, transformada en texto—aquí un ensayo de notable hondura crítica, producto de una paciente, pasional y rigurosa labor de investigación—, suscita en nosotros sus lectores la inmediata reacción asociada al verbo despertar. *La palabra despierta* exige un lector atento, lúcido, “despierto”,

predispuesto a recorrer un complejo entramado de obras producidas en un particular y dramático momento de nuestra historia latinoamericana como lo fue el período de la Conquista. Sin dudas, el trabajo de Valeria Añón constituye un aporte sustancial al campo de los estudios coloniales latinoamericanos desde el espacio académico argentino, con el especial valor agregado que subyace a su investigación: el hecho de haberse llevado adelante en un contexto si se quiere periférico respecto de la producción crítica dedicada al período de la conquista y la colonia que tiene a México como su principal centro de producción crítica. Creo que esta distancia potenció aun más la rigurosa reconstrucción del contexto histórico y cultural que sobresale en el estudio, como así también merece destacarse la envergadura del esfuerzo de su investigación ante las dificultades—exitosamente sorteadas—de acceder y consultar fuentes primarias y documentales necesarias para llegar al libro cuya publicación hoy celebramos.

La palabra despierta tiene un subtítulo que condensa las principales preocupaciones que aborda el estudio *Tramas de la identidad y usos del pasado en Crónicas de la Conquista de México*, donde, como subraya agudamente Beatriz Colombi en el prólogo que acompaña esta edición, cobra particular resonancia el concepto de *trama*, presente en cada uno de los cinco capítulos que conforman el libro y que le permite a su autora recomponer la “red de agujeros” con la cual los antiguos mexicanos aludían al acontecimiento de la conquista que cambió para siempre sus vidas, cosmovisiones, cultura, religión, lenguas. La noción de trama como cruce, como tejido, como red, no soslaya ni encubre las inscripciones de la violencia que atravesó al período y que se traducen discursivamente en las crónicas seleccionadas tal como se analiza de manera pormenorizada en uno de los capítulos centrales del libro, el tercero, llamado “Tramas de la violencia”, donde se reconstruyen tanto las tradiciones discursivas vinculadas al relato bélico como así también episodios significativos de los enfrentamientos y contiendas sangrientas que volvieron a la conquista un acto de guerra. La acción del entramado se constituye además como herramienta metodológica central para organizar las operaciones críticas y analíticas de la autora quien, mediante la

selección ajustada de escenas y episodios significativos de las obras estudiadas—las *Cartas de Relación de Hernán Cortés*, la *Historia de la Conquista de México* de Francisco López de Gómara, la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, las crónicas mestizas *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo y las *Obras históricas* de Fernando de Alva Ixtilxóchitl—, trama un relato que privilegia el análisis comparativo y contrastante entre los textos. Si, como señala Valeria Añón en la introducción, uno de los objetivos principales de su estudio consiste en “poner de manifiesto el entretejido de lecturas, escrituras, versiones y enfrentamientos que constituye la materia misma de estas crónicas” (22), los análisis concretos de fragmentos muy bien elegidos iluminan profusamente cómo las crónicas de tradición occidental dialogan con las crónicas mestizas y de tradición indígena, en tanto todas ellas problematizan lo que la autora recupera en el epílogo de su libro: “¿Qué significa narrar la experiencia? ¿Cómo es posible la representación por medio de la palabra escrita? Más perturbador aún: ¿cómo se cuenta el fin?” (329). Y justamente *La palabra despierta* ensaya respuestas posibles a estos interrogantes en el intento de asediar y encontrar en la materia misma de lo narrado en cada crónica por cada cronista, lo que Añón privilegia a lo largo de los cinco capítulos: escuchar, escudriñar, y leer entre líneas “la pregnancia de la voz de los muertos” (329). De allí también el espesor analítico que adquieren determinadas categorías al operar sobre los textos: identidad y alteridad, usos del pasado y memoria, espacio, violencia, fracaso, experiencia, representación.

El capítulo primero “Tramas del discurso” nos ubica en la trama de diferentes voces y diversas tradiciones discursivas que conforman la materia misma de los textos cronísticos elegidos, donde las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés ocupan un lugar privilegiado en tanto primer relato o relato fundante—por lo tanto también paradigma de los relatos posteriores—de la Conquista de México, incluso modelo de los textos de tradición mestiza e indígena. La autora destaca que los textos reunidos se vinculan a la historiografía—la historia requiere narración para constituirse como tal—; los textos apelan asimismo a diversas tradiciones

y tipos discursivos, entre ellos el discurso legal, la biografía, el relato de viaje, las genealogías, los anales-, que confluyen en la tensión de dos polos: la polémica y la narración. Si la construcción de la autoría y las variaciones de los lugares de enunciación constituyen un material central de análisis de este primer capítulo, el capítulo II, “Tramas de la identidad” opera sobre las fluctuantes y complejas modulaciones de la identidad y de la alteridad, abordadas especialmente a partir del rol central que tuvieron en el período de la conquista los lenguaraces o traductores, muchas veces cautivos, que se encarnan de manera ejemplar en las figuras de Jerónimo de Aguilar y de la Malinche. Valeria estudia el papel central que tuvieron como traductores e intérpretes culturales, también en su rol estratégico, intermediando y negociando a través de la palabra.

Antes me referí al capítulo III como uno de los nudos centrales del libro, dado que en el terreno de la guerra, en el espacio bélico, toman cuerpo en un sentido literal y simbólico, las profundas tensiones entre el “ellos” y el “nosotros”. La autora reconstruye con notable rigor las tradiciones discursivas e históricas vinculadas a los sentidos de la guerra imperial, marcadamente religiosa; en las crónicas de tradición occidental, ligadas al modelo épico de las novelas de caballería, pero desentraña asimismo cómo operan los rituales bélicos en el mundo cultural mesoamericano, mostrando así significativas diferencias, en particular en el universo de signos de la comunicación entre unos y otros. Así, observa Añón:

Las crónicas de tradición occidental leen e inscriben los amables recibimientos en términos de vasallaje, y a cada paso mencionan la predicación de la palabra divina, la destrucción de los dioses locales y la colocación de una cruz [...]. Las crónicas mestizas nos ofrecen una lectura distinta de estos recibimientos, inscribiéndola en la tradición y costumbre de estos pueblos de recibir, alimentar y agasajar a los extranjeros, también como una forma de observarlos y controlarlos. (175)

En el capítulo IV, “Tramas del espacio”, la autora nos permite vislumbrar otro tipo de trama, la que construyen las ciudades en el mapa de la conquista que despliegan los españoles a su paso: Villa Rica de la Vera Cruz, Cempoala y Cholula hasta llegar a la magnífica Tenochtitlan que provoca el asombro unánime de los cronistas. Éstos miran con ojos

maravillados—pero también horrorizados—, sus espacios fundamentales, el mercado y el templo. Añón advierte los límites de la mirada del cronista cuando describe el Templo Mayor, espacio sagrado mexicana percibido por la mirada occidental como epítome de la alteridad más profunda. Si para los conquistadores la caída de Tenochtitlan representa el triunfo de la cultura occidental, cristiana, la reafirmación en definitiva de la propia identidad que define al vencedor, Añón muestra cómo en las crónicas mestizas e indígenas la representación de la caída adquiere otras connotaciones, significativas puesto que el fin de la ciudad se inscribe en un sentido religioso mayor.

La caída de Tenochtitlan anticipa de algún modo la caída de su conquistador, Cortés. El capítulo V que cierra *La palabra despierta*, llamado “Tramas del fracaso: el viaje a las Hibueras”, nos coloca ante el relato de la pérdida del poder. Como destaca Beatriz Colombi en el prólogo, la expedición a las Hibueras es el episodio que señala el quiebre del triunfalismo cortesiano. Matices y signos de lo apocalíptico dan cuenta de un “sentido del final” que la autora expande hacia el epílogo del libro. Allí analiza las connotaciones del final, también en el sentido de trama y relato.

Acto reparador, *La palabra despierta* no se propone, sin embargo, suturar las imposibles “memorias rotas” de la Conquista de México, sino comprenderlas con sus silencios, con la “herencia de la red de agujeros”, para invitarnos a nosotros, los lectores del presente, a repensar la dolorosa historia de nuestra América Latina.